

**MISIONEROS COMBONIANOS
SECRETARIADO de la FORMACIÓN**

**CARISMA
Y
FORMACION**

**El carisma comboniano
en nuestro proyecto formativo**

P. Vittorino Girardi

**CURSO para FORMADORES de América
BOGOTÁ 1996**

CURSO PARA FORMADORES
AMERICA
Bogotá - 1996

P. Vittorino Girardi:

1. Consagración y martirio..... 3
2. Misión y comunión 19
3. La pasión por la Misión -
La Misión que nos consagra 31
4. Carisma y espiritualidad comboniana..... 40

**ASPECTOS DEL CARISMA COMBONIANO
CONSAGRACION Y MARTIRIO
P. Vittorino Girardi**

1. RECORDANDO LA NOCIÓN DE CARISMA

Es un término típico del N.T., y concretamente de S. Pablo, quien lo usa 16 veces (“xaris”). En el resto del N.T. lo encontramos una sola vez, en 1 Pe 4,10. S. Pablo nos ofrece la lista de los carisma (presenta unos 20), obviamente sin pretender ser exhaustivo (cf. 1Cor. 12,8-10; 1Cor. 12,28-30; Rm 12,6-8; Ef. 4,11). El Espíritu, en su libertad, puede suscitar nuevos carismas según las necesidades de la Iglesia - como efectivamente sucedió al largo de la historia.

Los carismas son la consecuencia múltiple de la única gracia de Dios (xaris) ofrecida por el único Espíritu que se diversifica en las distintas personas (1 Cor. 12,4.11.12-27.28.31) para producir en ellas una determinada capacidad, hacerla apta para servir a la entera comunidad eclesial (1 Cor. 14,12).

S. Pablo evidencia mucho el aspecto comunitario del carisma: el carisma no es dado, en primer lugar, en favor del individuo, sino de los destinatarios del mismo. Por eso mismo, el primer carisma es el del apostolado. El carisma capacita la persona para un servicio específico en favor de la comunidad eclesial. Todo lo que Dios ha hecho lo ha hecho en función del hombre. Y el hombre se asemeja a Dios en la medida en que también sale de si mismo para ponerse al servicio de los demás.

Comboni vivía profundamente esta dimensión ‘altruista’ del carisma. Era consciente que, si fuera infiel a su vocación, si ‘hubiera echado a perder’ su carisma, hubiera defraudado a sus destinatarios: los más pobres y abandonados de la Nigrizia.

2. CONSAGRACIÓN - MARTIRIO - MISIÓN (REGLAS 1871)

En el pasado se creía que las Reglas del 1871 fueran de Comboni. Sabemos que Roma, en fidelidad a la mentalidad de la época, pedía que Comboni redactara las Reglas. Comboni encargará al P. Sembianti de hacerlo. No correspondía a su carácter, más de ideales, de grandes intuiciones que de establecer normas detalladas como pedía Roma. El P. Baritussio en su estudio sobre las Reglas del 1871 estableció que gran parte del texto es de la ‘Propuesta’ de Mons. Ramazzotti y de los ‘fundadores’ del Seminario de las Misiones Extranjeras de Milán - PIME (las “Normas y Máximas” para la vida de este seminario). Son de la escritura de Comboni el título y la prefación con su firma. El manuscrito en la Biblioteca capitular de Verona es de P. Squaranti. Algunas correcciones son de mano de Comboni.

Recordemos que no copió simplemente, sino que las meditó. Se encontró con algo que correspondía a sus ideales. Sabemos por su testimonio que trabajó sobre ellas casi durante un año entero, y afirma que concluyó su trabajo después de largos estudios, consultas con hombres sabios, y teniendo en cuenta sus larga experiencia y conocimiento de las dificultades de la obra misionera (de una carta a Card. Barnabó, del 27.XII.1871).

Este hecho no debe extrañarnos. Algo parecido pasó con la idea fundamental del Plan (“Salvar el África con el

África”: ya otros como el Beato Liebermann, la Bta. Javouhay... lo afirmaban, aunque no con la radicalidad comboniana); pasó lo mismo con su lema: “El África o muerte”, en contraposición - como él mismo nos lo dice - al “Roma o muerte” de Garibaldi; sabemos que el discurso a su llegada a Jartum era en gran parte el de S. Justino De Jacobis. Era propio de Comboni asimilar ideas de otros de su tiempo que correspondían a su sentir y a su experiencia, pero añadiendo también elementos propios, y en el caso de las Reglas añade “fragmentos”, como les llama P. Baritusio.

En los “fragmentos” se revela la más típicamente ‘comboniano’, que se puede formular o tejer en torno a tres términos claves: **misión - consagración - martirio**, haciéndose eco de otras afirmaciones en sus carta y otros escritos. La idea de ‘consagración’ quizás la haya asimilado en el contacto con D. Mazza (cuando muere D. Oliboni, durante la primera expedición misionera, D. Mazza se siente particularmente agraciado al tener un mártir en su instituto).

Veamos al respecto unos textos, fuera de las Reglas, que inspiren nuestra reflexión:

En su relación al Card. Barnabó del 2.3.1872 (algunos meses después de la redacción de las Reglas): “*Ofrecemos - afirma - una formación viril, sólida, para hombres verdaderamente apostólicos que se **consagran** enteramente a las misiones*”; y más adelante, en la misma relación: “*En el Instituto de misioneros se inculca profundamente y se intenta de imprimir y de bien enraizar en el alma de los futuros misioneros el verdadero y preciso carácter del misionero de África, el cual debe ser **una perpetua víctima de sacrificio**, destinada a trabajar, sudar, **morir** sin quizá ver algún fruto de sus fatigas*”.

El texto, no cabe duda, es fuertemente autobiográfico: es Comboni que se considera del todo CONSA-

GRADO y VÍCTIMA DE SACRIFICIO - como lo expresaba en una carta al Card. Franchi (15.4.76): *“Ha sido en enero de 1849 que, estudiante de filosofía, cuando yo tenía 17 años, juré a los pies de mi venerado superior D. Nicolás Mazza de consagrar toda mi vida al Apostolado del África Central; ni jamás traicioné mi voto, con la gracia de Dios, a pesar del variar de las circunstancias; y desde ese momento no quise otra cosa más que prepararme a tan santa empresa”*.

Es un eco de cuanto había escrito en una carta a su párroco D. Pedro Grana en 1857: *“Si yo abandono la idea de consagrarme a las misiones ‘ad gentes’ soy mártir durante toda la vida de un deseo que empezó en mi espíritu desde hace más que 14 años (o sea cuando tenía 12 años) y que fue creciendo cada vez más, a medida con que iba conociendo la grandeza del Apostolado”*.

Fue mártir, pero no de un deseo reprimido, sino de las consecuencias del deseo realizado, y así escribía al card. Simeoni desde Khartoum el 2.1.1879: *“Aunque del todo cansado en el cuerpo, por la gracia del Corazón de Jesús, mi espíritu está firme y vigoroso, y estoy decidido como desde hace 30 años, a sufrirlo todo y dar mil veces la vida por la redención del África Central”*.

3. CONTENIDO TEOLÓGICO

¿Que es lo que lleva Comboni a este su modo o estilo de vivir su vocación misionera (en la “lógica de la exageración”)? ¿Es sólo fruto de su temperamento? Jansen escribiendo a Comboni lo aconseja a detenerse y a limitar su actividad, a no trabajar en tres frentes: fundador, misionero en África, animador misionero. ¿Es esto defecto o virtud?

Uno tiene la impresión que la fidelidad de Comboni va afirmándose de juramento en juramento: la primera vez a los 18 años frente a Don N. Mazza; en S. Cruz, junto del lecho de muerte de D. Oliboni, cuando éste les pide a los compañeros que sean fieles, aunque quedase un sólo; y en su lecho de muerte hace repetir este gesto a Juan Dichtl: le pide que jure fidelidad a la vocación...

Es la contemplación de Cristo, del Corazón traspasado de Jesús Buen Pastor que lo motiva y le obliga de un modo irresistible. Él mismo lo afirma muchas veces. Recordemos, por ejemplo, lo que dice en el Plan: *“llevado el misionero por el ímpetu de aquella caridad que se encendió con llama divina sobre el Gólgota y que salió del Corazón de Cristo, para abrazar a toda la humana familia, sintió latir más fuertemente su corazón y una fuerza divina pareció que lo impulsaba a ir a aquellas regiones, para abrazar a aquellos desdichados y darles el beso de paz y de amor”*. Y así los misioneros caídos en el campo son hostias pacíficas, quemadas y consumadas, por su caridad, por la fidelidad a su consagración.

La lectura de estas afirmaciones debe darse pues en clave cristológica: es una respuesta al amor de Cristo, como lo había sido para Pablo. Gal. 2,19-20: “Hasta cuando yo vivo, viviré de la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”. Habiendo sido partícipes de la pasión de Cristo, tenemos siempre un deseo, cada vez más grande, de sacrificar nuestra vida por Cristo y por los negros. Hay que fijarse en Cristo (como por lo demás nos invita a hacer Comboni) para entender sus afirmaciones y el contenido de la **consagración misionera**. Comboni descubre que Cristo es negro (Lozano): el hombre ‘vale’ Dios. Es el misterio de la identificación/comunión de Dios con el hombre. El que toca el hombre toca Dios. Hoy diríamos que no hay otro

camino para servir a Dios que el de servir al hombre. Pablo, hablando a los corintios, había exclamado: “¡A qué precio habéis sido comprados!” (1 Cor. 7,23).

Recordamos que la conciencia que Cristo tiene de sí mismo es ante todo la conciencia del ENVIADO, del UNGIDO (Mesías), del CONSAGRADO. El no es el ‘especialista’ de la *penitencia*, o de la *oración* (puramente contemplativa), o de los *milagros* (¡se los arrebatan!). Cristo se siente devorado - **sacrificado - consagrado** por la MISIÓN. Como del resto él mismo lo ha proclamado citando Isaías: “El Espíritu está sobre mí y me ha **ungido - consagrado - enviado**” (Lc 4); y en Jn 17: “por ellos yo **me consagro**” - o me sacrifico. Así lo interpretan los Apóstoles, como nos lo recuerda S. Juan comentando su reacción en el Templo: “el celo de tu casa me devora” (Jn 2,18); y es celo misionero - y no puede ser de otro modo: Él es el Verbo, y es de la naturaleza de la Palabra ser enviada, ser precisamente PALABRA. El Padre la envía, y para eso la consagra (Jn 3,14-16). De este modo entendemos el denso significado de **consagrar**: es dedicar, es separar. Cuando consagramos algo, lo ponemos en el orden de lo SAGRADO. No cambia su naturaleza, cambia su DESTINO (corte epistemológico), y por eso Comboni añade a la palabra consagración, la palabra **sacrificio**: Comboni vive todo esto con la lógica del apasionamiento, de la EXAGERACIÓN, que es la lógica del Amor: “*habiéndoles amado, los amó hasta el extremo*” - ¡hasta la exageración! (Jn 13). Y Comboni pide que sus misioneros hagan con frecuencia en común su protesta de estar dispuestos a dar la vida, a ser mártires. “El más feliz de mis días será aquel en el que podré dar la vida por vosotros”, había afirmado él mismo entrando como Pro-vicario en Jartum (11.3.1873).

4. LA MÍSTICA DE LA CRUZ

Cuando nos acercamos al misterio de la cruz en Comboni, como medida de autenticidad y fidelidad a su “consagración misionera”, se nos impone y nos impacta **una verdadera mística de la cruz**, análogamente a cuanto hallamos en S. Pablo. Conocemos las tajantes y hasta “hirientes” expresiones de éste: “No quiero saber otra cosa más que a Cristo, y a Cristo crucificado” (1 Cor 2,2). “Lejos de mí gloriarme sino en la Cruz de Cristo... Estoy crucificado para el mundo y el mundo está crucificado para mí” (Gal. 6,15). “Todo lo considero pérdida, daño y hasta basura con tal de ganar el sublime conocimiento de mi Señor” (Fil. 3,8). “Hasta cuando yo vivo, viviré de la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó (murió en la cruz) por mí” (Gal. 2,19). Y son expresiones que reflejan su vida, en un “crescendo” que le llevó al martirio, al “cupio dissolvi et esse cum Christo” (“¡quiero morirme y estar con Cristo!”).

De los posibles significados de **mística**, tenemos presentes dos, uno de carácter psicológico-antropológico y otro de tipo teológico:

1° Por mística entendemos la consecuente polarización de toda la persona en torno a un Ideal, con los caracteres de entusiasmo, de dinamización de todos los talentos personales y de lucha perseverante para cambiar la realidad propia y del propio entorno en conformidad con las exigencias del mismo Ideal.

2° En teología espiritual se acepta normalmente la descripción ya clásica de Jacques y Raissa Maritain: “es mística la vida que se caracteriza por el influjo habitual de los dones del Espíritu Santo”. Y no cabe duda, este influjo se manifestó fuerte y determinante en la vida de Comboni, particularmente durante los últimos años de su breve vida,

sosteniéndole en su actitud heroica ante las graves dificultades de su compromiso misionero.

Los teólogos distinguen la mística propia de los contemplativos y la propia de los “místicos de acción”. No cabe duda que Comboni, sin excluir que lograra altos niveles de contemplación, ha sido ante todo un “místico de la acción”; pues bien, característica común a todos ellos es el pasar por humillaciones interiores y exteriores y fracasos sin fin... Todos conocemos “el cúmulo de cruces” - la expresión es suya - que cayó sobre los hombros de Comboni. Como aconteció para todos los místicos, también Comboni quiso que su actitud y vida “contagiara” a sus misioneros y misioneras.

De este modo la Cruz es contemplada y hasta buscada (sabemos que la pedía al Señor cada mañana, como él mismo escribió) como sello de autenticidad de la propia consagración y fidelidad a la Misión. Como justamente comentó el P. Chiochetta, la cruz se presenta como el anillo nupcial con su esposa, la Nigrizia, entendía ésta no tanto como espacio geográfico sino como espacio humano, es decir como “signo” (o mito, podemos decir hoy en día) de todos aquellos hermanos nuestros que se “hallan en las tinieblas y en la sombra de muerte”.

Pasemos a recordar unos textos paradigmáticos, sin olvidar otros que ya nos son familiares:

“Cuando el misionero de la Nigrizia tiene caliente el corazón de puro amor a Dios y con la mirada de la fe contempla la suma ventaja, la grandeza y la sublimidad de la obra por la que se fatiga, todas las privaciones, las carencias continuas y los más penosos trabajos se convierten en su corazón en un paraíso en la tierra y la misma muerte y el más crudo martirio es el más querido y deseado premio a sus sacrificios” (Reglas 1871).

Y otro testo, quizá menos conocido, pero que nos introduce a la verdadera mística de la Cruz y que nos puede hasta escandalizar: ***“La primera característica del misionero de África Central es el amor al padecer, porque Jesucristo que tenía buen corazón y aguda inteligencia, ha establecido en su sabiduría fabricar la cruz y no la carroza para conducir las almas al Cielo”*** (MDC 104).

“Es necesario inflamarles de caridad (a los misioneros); que ésta tenga su origen en Dios y en el amor de Cristo, y cuando se ama de verdad a Cristo, entonces se hacen dulzuras las privaciones, los padecimientos, el martirio” (MDC 190); *“El verdadero apóstol no debe nunca retroceder ante ninguna dificultad, debe triunfar mediante la cruz y el martirio”* (MDC 238).

Comentemos brevemente: la Cruz no se busca por sí misma. Es el lugar del amor de Dios por mi, por cada uno de nosotros, y Comboni experimentó que él es salvado, elegido, para ser instrumento de salvación para aquellos que todavía no “conocen” a Cristo, el “Amor crucificado”, como lo llama otro grande místico de la Cruz, S. Ignacio de Antioquía.

Ahora bien: ¿podemos decir que Dios quiere la Cruz? No, Dios quiere la vida; la voluntad de Dios consiste en manifestarnos su amor salvífico. Jesús cumple la voluntad del Padre, en una mediación (la Cruz) que el Padre jamás quiso. La Cruz no es propia y directamente fruto de la sabiduría divina, lo que sí viene de esta sabiduría es el amor que Cristo ha patentizado muriendo en la Cruz.

Aplicando todo esto al camino formativo, constatamos que la primera fidelidad es a la vocación que hemos recibido y que los mismos jóvenes sienten en sus vidas, pero esta primera fidelidad se transformará en disponibilidad a la Cruz como “signo” de la misma fidelidad.

5. LA CRUZ COMO 'PALABRA' ÚLTIMA Y DEFINITIVA

En sintonía con la mejor teología contemporánea, afirmamos que la cruz ha sido la “palabra” definitiva que Dios ha dicho de si mismo: hay que “contemplar a Aquel a quien han traspasado” (Jn 19,37) para conocer a Dios en su profundidad y misterio - en su espesor, diría S. Juan de la Cruz - con otras palabras, conocemos que “Dios es Amor” (1Jn 4,16), o con otra expresión de S. Juan, conocemos la “gloria” de Dios, es decir lo que Dios es, contemplándolo en la cruz: el misterio de Dios ha quedado patente, como misterio de amor, en el Corazón traspasado de su Hijo crucificado: Dios ha alcanzado su máxima auto-revelación en el acto de su extrema auto-donación.

Comboni, dentro de esta lógica, comprende y quisiera que sus misioneros comprendiéramos que la autenticidad del compromiso misionero se revela en la medida con que estemos dispuestos a **padecer** ;y **morir** por los hermanos, por los cuales Cristo ha muerto.

Una vez más, el misionero, conquistado e impulsado por el Amor patentizado en la entrega del Buen Pastor, entra en la **lógica de la exageración**, de “lo más arduo”, “de la más difícil obra”, del “máximo fruto”..., todas expresiones que recorren una y otra vez los escritos de nuestro Fundador. Entonces las dificultades, de cualquier tipo, ya no son realmente obstáculos, sino que son “retos y desafíos” que acrecientan la entrega misionera.

6. LA CRUZ DE CRISTO COMO 'ÚNICA' ALTERNATIVA

La lectura de estos textos combonianos y de otros que nos aprendimos desde los primeros años de forma-

ción, nos dan la impresión que Comboni tiene otra convicción. Él ha conocido muy pronto que la vida presenta constantes sufrimientos (la pobreza de su familia, la muerte de sus hermanos, las duras consecuencias de las guerras, la epidemia en Buttapietra, la esclavitud...) y va aprendiendo que no hay alternativa: o rescatamos todos los sufrimientos iluminándolos con la luz de la Cruz, transformándolos así en participación del dolor redentor de Cristo, o nos dejamos *aplastar* por ellos.

Podemos, en efecto, distinguir 3 fuentes de sufrimiento. La primera es consecuencia de nuestra situación de criaturas finitas y heridas por el pecado del hombre decaído (cf Gen 3), y entonces con expresiones constantes de su propia finitud: el dolor físico, las enfermedades, la fatiga del cotidiano vivir, el dolor de la separación, de la insuperable soledad..., la muerte, son para todos los hombres, buenos y malos. No lo olvidemos: el vivir exige valentía.

Hay una segunda fuente de sufrimiento: es la consecuencia del seguimiento de Cristo, ya en la opción cristiana de quien acepta vivir el espíritu de las bienaventuranzas y las exigencias de la “vía estrecha” que conduce a la salvación, ya en la personal y libre decisión de quien quiere seguir a Cristo más de cerca en la radicalidad de los consejos evangélicos (cf. Lc 9,57ss). No cabe duda que la diaria lucha para lograr una plena fidelidad a los votos implica una dosis de auténtica ‘victimación’ y sacrificio, así como todas las consecuencias de nuestra vocación misionera...

Sin embargo hay una tercera fuente de sufrimiento que se origina del hecho de “no seguir a Cristo”, del pecado en todas sus trágicas manifestaciones. El pecado, en efecto, deteriora, corrompe y hasta destruye al hombre. Pecar es siempre una violencia que se inflige al hombre y es causa de enormes e inaguantables sufrimientos personales y sociales: guerra, criminalidad, esclavitud, opresión,

explotación... muerte, esos son el “precio” del pecado. No pueden compararse los sufrimientos que son consecuencia del “optar por Cristo” con los que brotan del pecado: los primeros hasta pueden ser deseados para manifestar el amor a Cristo, quien primero nos amó; los segundos corren al hombre, lo rebajan (como afirma la GS en el n° 13), lo llevan a la desesperación y al desprecio de si mismo..., lo destruyen.

Comboni ha entendido de un modo vivencial todo esto, y opta generosamente por la Cruz de Cristo que paradójicamente le hace feliz porque le une a Cristo, crucificado y vivo, porque se vuelve la “medida exagerada” del amor de Dios a él y de su amor a Dios.

Y así la contemplación del Corazón de Cristo le llevó a optar por la cruz, que le acompañó siempre, hecha como África y, gracias a ella, esposa suya indivisible: *“¡Dios mío! ¡Siempre cruces! pero Jesús dándonos la cruz nos ama, y todas estas cruces pesan terriblemente en mi corazón, pero aumentan la fuerza y el coraje en consagrar la batalla del Señor, porque las obras de Dios nacieron y crecieron así.”* (MDC, 256).

Y Cuando le llegó la muerte, ésta, como para Cristo, no fue sólo su derrumbarse físico, sino también calumnia, acusación, aislamiento, traición, verdadera participación del miedo y del tedio doloroso y angustioso del Getsemaní.

Sin embargo todo fue aceptado y hasta deseado y pedido, con la convicción que él mismo expresó en una carta al Card. Simeoni (26.5.1879): *“Todas las cruces y adversidades que padeció el vicariato servirán para fortificar el espíritu de sus miembros, fieles a esta santa obra y a poner nuestro vicariato en condiciones de segura y futura prosperidad, porque las obras de Dios han nacido y crecido al pie del Calvario... Si el grano de trigo no cae*

en tierra y muere - concluye Comboni recordando la afirmación de Jesús - *queda sólo, pero si muere dará mucho fruto*".

7. NUESTRA FRAGILIDAD CONSOLIDADA

He querido insistir en este punto por otra parte ya conocido por todos nosotros- porque en lo que llamamos *cultura adveniente* se está constatando un factor realmente devastador de los valores más altos, y es lo que yo llamaría *fragilidad* (creciente intolerancia del dolor, de la fatiga) o renuncia al serio y perseverante compromiso (espíritu de sacrificio, se acostumbraba decir). Todo es fomentado por los medios de comunicación social, que presentan los factores o elementos de lo que se llama *cultura del look*, de la apariencia, del fácil éxito, de la eficacia... y a la vez del placer. Todo esto impulsa a soluciones de *escapismo*. ¿Encuentras dificultad con tu esposa? ¡Divórciate! ¿Tienes un embarazo difícil? ¡Aborta! ¿Vives en tensión con tu familia? ¡Aléjate!

No olvidemos que en el *Anuario* de la Congregación se ha ido duplicando en los últimos años el número de Combonianos en "situación particular".

El rechazo de la lucha, del compromiso... de la Cruz en definitiva, no es según la lógica de Dios y de la vida misma. Nos lo recuerda Jesús: "¿Creen ustedes que haya venido a traer paz sobre la tierra? No, les digo, sino la división" (Lc 12,51). El Reino sufre violencia, y sólo los violentos lo arrebatan... y desde cuando escuchamos la invitación a seguir a Cristo, hemos escuchado su condición: "El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y me siga".

El mismo decreto “Ad gentes” en el n° 24 afirma: “Viviendo auténticamente el evangelio con paciencia, con longanimidad, con benignidad con la caridad sincera que el misionero debe dar testimonio de su Señor **hasta derramar, si es necesario, la sangre por El**. Pedirá virtud y fortaleza para conocer **la abundancia de gozo** que se encierra en la experiencia de la tribulación y de la pobreza”.

En nuestro trabajo de formadores debemos hacer lo posible para transmitir esta íntima y necesaria conexión entre *seguimiento, consagración misionera y martirio*, entendiendo con este término todo el conjunto de sacrificios que implica la fidelidad y el compromiso de la **caridad apostólica**. Al mismo tiempo se trata de ayudar a comprender que la vida misma es lucha, es sacrificio, de modo que si renunciamos a la cruz que Cristo nos ofrece, nos encontramos con cruces mucho más pesadas porque desvinculadas de su significado redentor, de su ser medida de donación y amor.

Para concluir, es útil leer otro conocido texto de la RMI 45: “La prueba suprema es el don de la vida, hasta aceptar la muerte para testimoniar la fe en Jesucristo. Como siempre en la historia cristiana, los “mártires” es decir, los testigos son numerosos e indispensables para el camino del evangelio. También en nuestra época hay muchos: obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, así como laicos; a veces héroes desconocidos que dan la vida como testimonio de la fe. Ellos son los anunciadores y los testigos por excelencia”.

“Facilitar” pues la vida a nuestros jóvenes es traicionarlos porque la vida misionera es exigente; y la vida en sí misma lo es. No hay que ser de los que son blancos del re-

proche de J. Guitton cuando dice: “hoy los jóvenes han sido traicionados, ya que nadie se atreve a exigirles”. Sí, me dirán que se necesita equilibrio, pero en el evangelio no leemos ‘habiéndoles amado a los suyos los amó hasta el equilibrio’ (!) sino hasta el extremo, hasta la exageración. Todo esto está en el espíritu de nuestra RV (cf. por ej. el n° 21).

Cuando un joven advierte la llamada, por cierta “connaturalidad” sobrenatural, comprende que debe “renunciar” a todo lo que tuvo hasta entonces, y se dispone, gozoso, al sacrificio. Toca al formador, motivar, sostener y consolidar esa espontánea disposición, particularmente con su ejemplo. Obviamente que se nos impone el respeto y la paciencia para acompañar al formando, pero siempre conscientes, como afirmaba D. Bonhoeffer, que si todos buscan a Dios, sólo los cristianos le buscamos en la cruz, ya que allí se reveló en su misterio de amor. He constatado, en mis largos años como formador, que no hay que tener miedo (“no hay que avergonzarse”, dice el decreto “Ad Gentes”, n° 24), en presentar el escándalo de la cruz, aunque siempre en el contexto que le es propio, es decir, su **único** contexto, el del amor. He experimentado con verdadero gozo que nadie es indiferente a este mensaje de “un Dios muerto en la cruz” (Comboni) y cuando alguien entra, mejor, se esfuerza de entrar en la lógica de la cruz (que es lógica del amor) cambia profundamente e influye muy positiva y eficazmente en la comunidad formativa. Nuestros jóvenes esperan claras propuestas de generosidad y hasta de heroísmo. Es hasta una señal de confianza en ellos y en el poder de la gracia de Cristo que los llama a seguirle “al estilo de Comboni”.

8. TESTIGOS DE LA HERENCIA COMBO- NIANA

Concluyo recordando a tres misioneros que han sido testigos preclaros de la herencia comboniana, especialmente en lo que es la “mística de la cruz”.

- **A. Roveggio:** el primer permiso que pidió al terminar el noviciado fue el de ir a Lourdes para pedir a la Virgen la gracia del martirio, antes de salir para el Sudán. Morirá, devorado por las fiebres, en Berber en 1902.
- **Josué dei Cas:** llegó en 1906 a la Congregación y lo admiten como “agregado”. Hizo sus votos en 1921... “No le digan a mi familia que tengo la lepra (*lebbra*), díganles que tengo liebre (*lepre*). En una ocasión, tomando el café sin azúcar dirá: “Mi azúcar es mi lepra”.
- **Esteban Patroni:** en los últimos días de su vida que iba acabándose por un cancer en el estómago, decía a sus ex-novicios que iban a verle: “ánimo, que el día más bonito del misionero es el día de su muerte”, y se veía que así estaba siendo para él.

**ASPECTOS DEL CARISMA COMBONIANO
MISION Y COMUNION
P. Vittorino Girardi**

**1. INTRODUCCIÓN: CONEXIÓN CON LAS
OTRAS DIMENSIONES DEL CARISMA**

Intentamos desarrollar de una manera lógica la presentación de unas dimensiones del carisma comboniano. Si ayer hemos contemplado el misterio de la cruz y su resonancia en la vida y en la obra de nuestro Fundador, hoy “lógicamente” pasamos a reflexionar sobre la *comunión y sus consecuencias* en nuestro trabajo de formadores. Constatamos este “paso” lógico de la cruz a la comunión en la siguiente afirmación del prefacio de la Plegaria Eucarística IIª: “El, en cumplimiento de tu voluntad, para destruir la muerte y manifestar la resurrección, **extendió sus brazos en la cruz**, y así adquirió para ti un **pueblo santo**”. La comunidad cristiana siempre es comunidad que se reúne en torno a la cruz del Resucitado, como Cristo mismo lo había profetizado: “Cuando se me levante entre cielo y tierra, atraeré a todos hacia mí”. (Jn 12,32).

Y esta afirmación se hace realidad en el misterio eucarístico que renueva la entrega de Jesús: la Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia celebra la Eucaristía *proclamando la muerte del Señor hasta que venga*. La Cruz del Resucitado hizo surgir la comunión de la Familia de Dios, la santa Asamblea (Ecclesia).. Y Comboni, que quiso participar en ella hasta el grado heroico, ha sido la mediación privilegiada para que se formara en torno suyo “su gran familia misionera”.

Para adentrarnos en el “misterio de comunión eclesial” que es nuestra congregación de misioneros combonianos, tengamos constantemente presentes también los siguientes principios teológicos:

1. En la vida de Comboni y así en la nuestra, el encuentro personal con Cristo ha sido el momento decisivo de la vocación. Sólo después de haber descubierto que hemos sido amados por Cristo y conquistados por El, hemos podido dejarlo todo y estar con El (cf RV 21). El amor lleva a la decisión y la sostiene.

2. La decisión vocacional es fruto de un acto libre y personalísimo, a tal punto que seguimos a Jesús por ninguno de los 10 mandamientos: como ha sido libre la elección de parte de Jesús (El sigue escogiendo a quien quiere: cf. Mc 3,14), así ha sido libre nuestra respuesta, y nadie pudo darla en lugar nuestro. Sin embargo cuando pronunciamos nuestro “te seguiré Señor”, nos hemos encontrado en una comunidad. La llamada a seguirle ha significado una llamada a la Comunión con otros que como nosotros quisieron ponerse “de la parte de Jesús” (Mc 3,15). Toda vocación es pues una con-vocación, y el misionero comboniano “vive así su carisma, no sólo como individuo sino también en comunión con los propios hermanos” (RV 23).

3. Cuanto más vivimos la comunión, tanto más nos situamos en lo definitivo, en lo eterno, dando de él un vivo testimonio. Sólo el amor es eterno (cf. 1Jn 13,13), y quienes intentamos vivirlo anticipamos la “Communio Sanctorum” hacia la cual Cristo conduce la historia humana, para que Dios-Amor “lo sea todo en todos” (1 Cor. 15,28).

2. COMBONI PADRE Y FUNDADOR

Comboni hace suya la afirmación de Jesús, y sabe que si el grano de trigo muere da mucho fruto, y se dispuso a morir por amor... y pronto su *entrega* manifestó un extraordinario poder de *convocación*. En los últimos dos años de su vida, parecía que su obra, sus Institutos, se desmoronan, y aún más apareció este peligro después de su muerte cuando el Card. de Canossa quería confiar el naciente Instituto Comboniano y sus territorios misioneros, primero a los salesianos y luego a los estigmatinos. Por otra parte, en Sudán la Mahdía no sólo profanó la tumba de Comboni, sino que parecía destruir todo cuanto él había sembrado... y las fuerzas disgregadoras no habían desaparecido ni siquiera después de la transformación del Instituto en Congregación (1885) y eso por la heterogeneidad nacional y cultural de los misioneros que sobrevivieron a Comboni y por el contraste profundo entre los que aceptaron integrarse en la Congregación y los que siguieron como *Misioneros de Comboni*. Más tarde un nuevo golpe a la unidad de la joven Congregación surgió de la Iª Guerra Mundial que preparó la trágica ruptura aceptada en 1923 por la autoridad de la S. Sede... Sin embargo todas estas fuerzas destructoras de la *comunión* han sido superadas y hoy somos los Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús, y en fuerza del carisma del Fundador han ido naciendo otras instituciones y todas ellas con un carácter fuertemente comunitario. Quizá sea útil recordarlas:

- Misioneras Seculares Combonianas;
- Hnas. del S: Corazón de Jesús (Mons. Mazzoldi - Juba);
- Hnas. de María Inmaculada (Mons. Negri - Gulu);
- Marian Brothers (Mons. Cesana - Lodonga);

- Hermanos de S. Martín de Porres (Mons. Mazzoldi - Juba)
- Hermanas de Nuestra Señora del Sudán (fusión de 2 anteriores por obra de Mons. Lukudu, comboniano)
- Hnas. de la Adoración Perpetua (Mons. Tarantino - Uganda)
- Apóstoles de Jesús (P. Marengoni - Moroto, Uganda)
- Evangelizing Sisters (P. Marengoni y P. Massawe - Moroto, Uganda)
- Contemplative Evangelizers of S. Heart (P. Marengoni - Kenya 1985), y ahora con la rama femenina
- Apóstoles de la Palabra (P. Amatulli - México)
- Servidores de la Palabra (P. Butera - México) - Rama masculina y femenina
- Pequeños Hermanos de María (P. Piacentini - México) - Rama masculina y femenina
- Misioneras Diocesanas del S. Corazón (Mons. Bartolucci - Esmeraldas)
- Congregación Misionera Femenina (Mons. Gasparini - Awasa, Etiopia)
- Hnas. de la Inmaculada Concepción (Mons. Riedl - Glen Cowie, Surafrica)

Es sorprendente, Comboni, quizá sin excluirlo explícitamente, no dio a sus “Misioneros para África Central” una estructura de congregación religiosa, sino pensó en lo que hoy llamaríamos más bien una *sociedad apostólica de vida común* (Cf. CIC, 731); sin embargo de todos los numerosos institutos que deben su existencia a lo extraordinario de su carisma misionero, sólo uno, el del P. Butera, tiene hoy esa estructura. Nuestro común carisma misionero ha ido asimilándose casi exclusivamente en un contexto

de *vida religiosa*. Creo que esto manifiesta cómo la insistencia de nuestro fundador en los valores de la Comunidad de hecho ha encontrado un cauce más propicio en la estructura de la vida religiosa.

Por otra parte, todos conocemos un texto de nuestro fundador en una carta al P. Boetman, quien le enviaba candidatos a su Instituto de Verona; en ese texto habla de “*mi pequeña Congregación*” y de que “*todos los que quieran formar parte de ella, deben tener todas las virtudes de los religiosos y estar dispuestos a morir en cualquier momento por la salvación de los africanos*”.

En realidad, lo que Comboni rechazaba era cierta mentalidad estrecha que había experimentado en sus relaciones con “religiosos” y “religiosas”, lo que él llamaba “mentalidad frailuna”.

3. TOMANDO DISTANCIA

Es verdad, a finales del siglo pasado y durante el primer decenio de éste, se fue dando una cierta *distancia* de nuestra congregación frente al Fundador, debida a los contrastes entre los misioneros de Comboni y los misioneros religiosos formados por los jesuitas... distancia que llegó a expresarse en la prohibición, para los formandos, de hablar de él. Extraña situación que desapareció definitivamente con la publicación de la conocida biografía de Grancelli. Pero Comboni, *a pesar nuestro*, nos unía y seguía inspirando a las dos jóvenes congregaciones misioneras, la de las Hermanas y la nuestra.

En el principio no había sido así: Mons. Sogaro y los sacerdotes jesuitas formadores consideraban que existía una plena e indiscutida continuidad del instituto religioso con la herencia de Comboni. En síntesis: había la común

convicción de que el cambio del Instituto en Congregación religiosa no había puesto en duda la efectiva fundación de Comboni. La Congregación era el Instituto de Comboni que, para seguir con continuidad y eficacia, había adquirido la forma de Congregación religiosa.

Recordemos finalmente otro hecho: los fundadores de institutos misioneros del siglo pasado que tuvieron una directa experiencia de misión, como Comboni y Lavigerie, aún no pensando en una estructura propiamente religiosa, han insistido acerca de la *vida en común*, mientras otros que no la tuvieron, como el Beato Liebermann y el Beato Alamano, no han subrayado este aspecto. Comboni lo hizo por varios motivos. Podemos indicar los siguientes:

1. Sus viajes y las muchas relaciones que éstos implicaron le habían mostrado que otros misioneros, inclusive alguno de su propio Instituto Mazza, si no vivían con el fuerte apoyo de la comunidad, corrían el riesgo de ir perdiendo su identidad, de ser víctimas del aislamiento con consecuencias nefastas particularmente en el campo afectivo.

2. Estando los misioneros solos podían llevar adelante proyectos que tenían el riesgo, a pesar de sus heroicos sacrificios, de morir con los misioneros. No se aseguraba la continuidad, y el heroísmo sin continuidad no sirve. Para la eficacia y el impacto de la misión, era necesaria la continuidad que sólo un grupo, una congregación podía asegurar.

3. Lavigerie como Comboni tenían un modelo en la mente, el de los benedictinos evangelizadores de Europa, y el de las Reducciones de los Jesuitas en América Latina. En los dos casos el aspecto de **comunión** y **comunitario** era muy fuerte. (Interesante al respecto el nombre que Lavigerie dio a su grupo misionero: *Frères Agricul-*

teurs et Hospitaliers, de típica inspiración benedictina; e igualmente digna de atención para la comparación con el modelo de las Reducciones, la experiencia comboniana del poblado agrícola de Malbes).

- Con lo que vamos afirmando, no queremos dar la impresión de que estamos olvidando que siempre existe el riesgo de que algún aspecto de la “estructura” de la vida religiosa, cuando esta va “institucionalizándose”, pueda prevalecer sobre la “misión”, opacando su fuerza y frenando su creatividad. Precisamente contra este riesgo reaccionaba Comboni cuando hablaba de “mentalidad frai-luna” (frattesca).

- Por otra parte no sería del todo exacto ver la “vida en común” sólo por sus aspectos funcionales y su eficacia apostólica. Reconocemos que hay misioneros que han logrado y logran mayores resultados trabajando solos (!). Vivimos en comunidad porque el mayor mandamiento de Cristo es el amor, y Él nos quiere unidos como signo del Reino, a imitación del misterio del amor que es la SS. Trinidad. De allí que constatamos y comprendemos que la comunidad es ante todo un **don** que se nos otorga, no una conquista nuestra... Obviamente que, como todo don, se vuelve tarea: “guarden la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”, nos exhorta S. Pablo (Ef. 4,3).

4. CENÁCULO DE APÓSTOLES

Comboni es ante todo misionero, a imitación de Cristo se siente *devorado* por la misión y es ésta que lo *consagra*. Es obvio pues que como Cristo constituyó a los 12 como enviados, así Comboni quisiera que sus colaboradores formaran “*un Pequeño Cenáculo de Apóstoles, para África, un foco luminoso que envía hasta el centro de*

África tantos rayos cuantos son los celosos misioneros que salen de su seno; y estos rayos, que brillan juntos y calientan, revelan necesariamente la naturaleza del centro de donde emanan” (Reglas 1871, cap. 1). Expresión esta que nos hace recordar espontáneamente el escudo episcopal de nuestro Fundador. Allí contemplamos a los SS. Corazones de Jesús y de María que irradian sobre África, todavía “en tinieblas y en sombra de muerte”, sus rayos que la iluminan.

El Cenáculo de Apóstoles, como Comboni lo describe, también nos hace pensar en un ostensorio: eso debe ser una comunidad misionera, y así mostrar a Cristo, irradiarlo...; En donde hay amor, allí está Dios!

Lo que preocupa a Comboni es que el amor “corra” en la misma dirección que Dios quiere: El nos ama primero y nosotros estamos llamados - ¡Cristo nos lo ordenó! - a dar **su amor** a nuestros hermanos (1Jn 4,10-12) y, formando así con ellos su Comunidad, evangelizamos. Nuestro Fundador pide que sus misioneros se quieran de verdad, sabiendo que el quererse es ya una forma de apostolado, la mejor, a imitación de la Iglesia primitiva significada, ya en ese “Cenáculo de Apóstoles”. Con otras palabras, la “Communio” es la fuente y la fuerza de la “Missio” como lo ha sido en el misterio trinitario, y, por otra parte, la “Missio” crea la “Communio”, como resulta de aquella primera historia de las Misiones que son los Hechos de los Apóstoles (cf. particularmente los cc. 13-15).

Recordemos dos textos de Comboni, lejanos en el tiempo y en las circunstancias, pero que manifiestan su profunda convicción y vivencia: hay que vivir la Comunión como correlato de la Misión: “*Don Losi* - escribía el 1 de mayo de 1881 a P. Sembianti - *ha dicho que escribirá siempre a Propaganda y al cardenal de Verona en contra de mi todas las veces que en conciencia lo creará conve-*

niente, que lo haga. Yo le perdono de todo corazón y a la vez tomo ventaja de sus buenas cualidades para el bien de la misión”.

Hay aquí amplitud de visión, capacidad de aceptación de los demás, de sus distintos puntos de vista, de distintos sistemas..., haciéndonos comprender que todo esto era entonces como ahora garantía de toda verdadera colaboración misionera.

Hablando de su metodología misionera, el 18 de octubre de 1876, escribía a Roma: “*Construir lugares de misión convenientes, darles suficiente número de sacerdotes, laicos, obreros y hermanas misioneras y escoger por ello los puntos principales en donde la población es más numerosa (...) es el método más oportuno ya que **reunidos y juntos se puede proveer mejor en caso de enfermedad y de peligros físicos y morales, a los cuales de otro modo están expuestos los misioneros**”.*

Su visión de comunidad se amplía, ya no se refiere sólo a los misioneros de su Instituto, sino a una auténtica “comunidad eclesial” que sea “comunidad apostólica”, o con el lenguaje de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, comunidad evangelizada y evangelizadora.

5. LA COMUNIDAD COMO LUGAR DE DOCILIDAD AL ESPÍRITU, PROTAGONISTA DE LA MISIÓN (CONSECUENCIAS FORMATIVAS)

La comunidad querida por Comboni debe ser pues, ante todo, una comunidad entendida como **lugar de docilidad al Espíritu**. Ha sido en el **Cenáculo de Apóstoles** que se dio el milagro de Pentecostés que lanzó a los 12 por todo el mundo.

Cualesquiera que sean las particularidades de cada comunidad comboniana, ésta deberá ser siempre una comunidad misionera, una “**escuela de experiencia y de prueba para aprender**” - decía nuestro Fundador - **a ser buen misionero** (“per imparare bene a fare il missionario”).

De ésta que es la finalidad principal, siguen varias otras consecuencias. La comunidad comboniana está llamada a ser:

- **lugar de encuentro con Dios** que me ha llamado y que nos ha “con-vocado”. Conocemos la insistencia de Comboni sobre la necesidad de la oración, del “senso di Dio”, de la visión familiar y connatural con el, sin la cual el misionero va a experimentar necesariamente una “soledad y vacío inaguantables” (Reglas 1871, c. X);
- **lugar de experiencia eclesial**: el misterio de la Iglesia se hace presente se re-presenta en su “icono” que es la comunidad local. Nuestros formandos van “vivenciando” en la comunidad que es ser Iglesia;
- **lugar del desarrollo de las personas**, en todos sus aspectos, sabiendo que todo debe ser puesto a disposición de la misión;
- **lugar de crecimiento en santidad** al estilo de Comboni y de sus herederos, es decir con un “amor exagerado”;
- **lugar de compromiso común**, a veces con exigencias heroicas como lo han demostrado nuestros “mártires”;
- **lugar de escucha comprometida de “los sin voz”**, de los que se hallan en “situación de Nigrizia”;
- **lugar del perdón y entonces de la fiesta**: la misión exige que nos renovemos en el perdón para anunciar con gozo la buena noticia de la “misericordia entrañable” de Cristo Buen Pastor;

- **lugar de convicción** de que todo esto ya nos es dado en la comunidad en que vivimos, pero como constante llamada al crecimiento;
- **lugar en que todos somos responsables** de todo.

Para poder lograr estos objetivos, conviene no olvidar otros aspectos que hallamos en el Cenáculo de Apóstoles. Eso nos ayuda a tener una visión más completa de nuestra realidad, animando así nuestra “paciencia histórica”.

1. En el Cenáculo hay **diferencias**, y profundas. Por otra parte sabemos que lo primero que necesitamos para formar una familia es precisamente la diferencia... La **misión**, sin embargo, es tan fuerte que puede mantener unidos elementos heterogéneos, no eliminando las diferencias, sino integrándolas como factores enriquecedores del ministerio apostólico. No nos amamos porque no hay dificultades, sino que el amor que nos tenemos nos posibilita superarlas!

2. En el Cenáculo se descubre la “**mezquindad**” y la **traición**. Frente a la grandeza, a lo sublime de la auto-entrega eucarística y de servicio de Cristo en el lavatorio de los pies, contrasta la mezquindad de los apóstoles que discuten sobre los primeros lugares... y choca en trágico contraste la noche del corazón de Judas, el traidor. No conviene olvidarlo: en nuestros corazones se anidan esas posibilidades.

3. De todas formas, en el Cenáculo se **celebra la Eucaristía** que se abre en el gesto de Jesús que ama a los suyos hasta el extremo y que les lava los pies mostrándonos el camino de la construcción eficaz de la comunidad, del que pasa por el servicio y por el perdón (cf. Jn 13). Alimentados por la Eucaristía, centro y culmen de nuestra

vivencia comunitaria, vamos adquiriendo energías y constancia, con nuestros propios formandos, para vencer las fuerzas disgregadoras de la comunión propia del Cenáculo, fuerzas que se concentran en los que los medioevales llamaban *mos* y *mas*. El *mos* es la **costumbre**, el “siempre se ha hecho así”, que puede traducirse en tantas formas de individualismo y hasta de egoísmo. El *mas* indica el “machismo” en término latinoamericano, y que corresponde a la **agresividad** como expresión de la voluntad de dominio, de lucha por el poder, de los resentimientos y rechazos, de las alternativas “o él o yo”...

Del Cenáculo se sale y al Cenáculo se vuelve (Hechos 15) para re-encontrar la Comunión, siempre tan frágil porque propia de hombres pecadores, pero siempre indispensable para la realización de la misión. Sólo si es **Una**, la Iglesia puede ser **Apostólica**, es decir misionera: ese es el destino de nuestra Familia Comboniana, llamada a ser constantemente **re-fundada** por y en el Amor del Corazón de Cristo, Buen Pastor.

**ASPECTOS DEL CARISMA COMBONIANO
LA PASIÓN POR LA MISIÓN
LA MISIÓN QUE NOS CONSAGRA
P. Vittorino Girardi**

1. INTRODUCCIÓN

Nos hemos acercado al carisma comboniano y hemos evidenciado unas de sus dimensiones, como son la consagración, la mística de la cruz, la incuestionable exigencia de la comunión..., pero sabemos que estas y otras dimensiones son manifestación de lo substancial de la vocación comboniana, a saber, la Misión. Comboni, lo hemos ya indicado, asume como propia la pasión de Cristo, su “sitio”, su estar “devorado” por la Misión, y *misión por los más pobres y necesitados, de los que todavía no conocen a Cristo*. Lo misionero asume y determina todo el ser y el que hacer de Comboni, y lo determina con una energía que asombra, como lo estamos constatando, una vez más, en estos días. Comboni vive y muere para que el africano se encuentre con Cristo, para que África se haga Iglesia.

2. NOSOTROS, HEREDEROS DE COMBONI

Nosotros, herederos de Comboni, estamos llamados a colaborar en la formación de los futuros misioneros, y si Bernanos decía de los dominicos que son la “misma caridad de S. Domingo de Guzmán”, podemos decir que nosotros combonianos somos la **caridad apostólica**, la **pasión misionera** de Comboni vivo entre nosotros. Se trata de una pasión que debemos comunicar a nuestros jóvenes.

Lo expresaba Comboni a los formadores en Verona describiendo la naturaleza de su Instituto de las Misiones para la Nigrizia: *“el fin de este Instituto es el cumplimiento del mandato de Cristo a sus discípulos de predicar el Evangelio a todos los pueblos: es la **confirmación del ministerio apostólico**, por el cual el mundo ha participado en los beneficios inefables del Cristianismo; y (este Instituto) tiene por objeto especial la regeneración de los pueblos africanos, que son los más ‘necessitosi e derelitti del Universo’. Este Instituto se torna pues como un Pequeño Cenáculo de Apóstoles para África, un punto luminoso que **envía hasta el centro de África** otros tantos rayos cuantos son los celosos y virtuosos misioneros que salen de su seno: y estos rayos que brillan y calientan, necesariamente revelan la naturaleza del centro que irradian”* (Reglas de 1871, c.1).

Llama la atención todo, pero particularmente dos expresiones: **ser combonianos es asumir el mandato de Cristo a sus apóstoles** (“vayan por todo el mundo”), pero desde la experiencia del Cenáculo, es decir desde el mandato del amor, a saber, desde el “ámense como yo les he amado” (Jn 15,12). Para Cristo la Misión, o el envío al mundo (Gal. 4,4), ha sido la consecuencia y manifestación del amor intra-trinitario, o con otras palabras, las misiones de las divinas personas son la prolongación en la historia de las Procesiones trinitarias. Así, análogamente, nuestro envío nace del amor, nace en el Cenáculo. Comboni lo expresa con claridad y fuerza extraordinarias: los misioneros son como rayos que “brillan y calientan”, son la expresión del amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones, del Espíritu que es sopro que nos lleva lejos, del amor de Dios que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tm 2,4-5). Son intuiciones y expresiones combonianas que nos hacen recordar la conocida afirmación de S. Agustín: “el Amor es

el origen, el medio y el fin de la Misión”. Si ya dijimos que somos la pasión misionera de Comboni, correctamente cabe decir que somos la **pasión misionera** de Cristo, su “sitio” hoy, entre los más necesitados.

La segunda expresión que llama la atención es: **“hacia el centro de África”**. El amor no puede tener fronteras: hay que salir, ir lejos. El centro de África es para Comboni lo que todavía no ha sido, “de hecho”, iluminado pro Cristo; es el *hacia donde* deben ir sus misioneros, las “gentes”. Precisamente el decreto “ad gentes” en el nº 6 cuando describe las misiones introduce tres expresiones características: longe a Christo - nondum credentes - nondum praesens. Es decir, las misiones exigen el salir; los misioneros “exeunt”, salen hacia los que están “lejos de Cristo”, hacia el *centro de África*, lo más lejano para la Iglesia del siglo pasado, allí donde los pueblos eran “no-creyentes” y la Iglesia “no-presente”. Lo explicó con acento apasionado Comboni en la aula conciliar en 1870: *“¿Hay alguien de Uds. que hagan de padre para los Africanos? una voz que se haga intérprete en favor de tantos hijos de Cam? Díganlo Uds. Excelentísimos Padres! (...) Cristo ya los conquistó como herencia suya con su misma sangre (...) ¿Porqué entonces, Eminentísimos y Reverendísimos Padres, solamente África Central se encuentra todavía en las tinieblas y en la sombra de muerte? sin Pastores, sin Apóstoles, sin Iglesia, sin Fe? (...) Ea pues, santísimos Padres, por las entrañas de Jesús Cristo (per viscera Jesu Christi) háganse responsables Uds. de esta obra y con su sabiduría examinen cómo y con qué medios podemos salvar a estos pueblos”*.

Las misiones son “a-staticas”: no cabe detenerse más que lo exigido por la misma tarea misionera, es decir, hasta cuando se haya hecho presente la Iglesia, “sacramento universal de salvación” (AG 1).

Para Comboni, ya por el texto de las Reglas como por el dictado del “Postulatum”, la pobreza más extrema es la falta de fe en Cristo, es el no poder gozar de los beneficios de la Redención, el no ser todavía cristianos, aunque se tenga derecho a ello..., pobreza que encuentra en la negación de la dignidad humana, en la esclavitud y en la marginación, su dolorosa e inaguantable correlato, y que por eso dan una mayor urgencia a la misma actividad evangelizadora.

3. ¿QUÉ MISIÓN?

En las Reglas del ‘71 hallamos unas afirmaciones que nos pueden sorprender y que nos revelan una noción de misión que trasciende los límites de tipo personal, físicos y geográficos. La misión se da siempre que se dé la **disposición apostólica concreta**. Escribe Comboni: *“está consagrado realmente a la regeneración de la Nigrizia tanto aquellos que trabajan en la casa de formación de Verona, como aquellos que se consagran al trabajo directo de conversión de los Africanos”* (R 4,5).

Lo que cuenta es dejarse **consagrar** por la misión, a tal punto que, si por alguna razón uno no puede ir a África, podrá igualmente ser misionero de pleno derecho con tal que *trabaje* por las misiones de África, y es por eso que Comboni escribe: *“le compete al obispo de Verona declarar miembro efectivo del Instituto fundamental a quien se haya consagrado enteramente a las obras de la casa de formación desde hace 2 años, aunque no pueda aspirar a trabajar en tierra de misión”* (R 5,6).

Desde cuando alguien se pone a disposición de las exigencias de la misión, sean las que sean, ya es misionero; es la misión que lo consagra: *lo más importante es la propia disposición a vivir la misión*, y por eso *“no será*

admitido al Instituto - declara Comboni - ningún eclesiástico o seglar, el cual no se considere dispuesto a consagrarse enteramente hasta a la muerte en favor de la regeneración de la Nigrizia” (R 4).

Son afirmaciones que nos llevan, una vez más, a la contemplación de Cristo-enviado: no han sido sus “actividades” que lo han definido como misionero, sino su disposición a aceptar todo lo que el envío al mundo implicaría, desde su nacimiento en Belén, su vida escondida en Nazaret, hasta su apostolado y su pasión, muerte y resurrección. Toda su vida está consagrada por el Espíritu que le ha ungido y enviado (cf. Lc 4,18), y es igualmente salvador en Belén como en el Calvario: *su existencia ha sido toda ella un vivir el envío, la misión.* Sobre este modelo y actitud existencial de Cristo se va definiendo la noción que tiene Comboni de misión: simplemente, es hacer propia, revivir la actitud fundamental de Jesucristo, aquel a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo.

Dentro de este contexto el **salir geográfico** no es lo más importante, sino que lo esencial es el salir psicológico, el “dejar el propio mundo” para ponernos a disposición de las exigencias de la misión. Sin embargo el salir geográfico queda implicado por la consagración misionera en cuanto que muestra su autenticidad; podríamos decir, que es su “sacramento”, es decir el signo que visibiliza la disposición interior de plena disponibilidad, sin límites de ningún tipo.

Y es por eso que encuentro en esta larga expresión con que al finalizar el curso monográfico comboniano de 1984 se intentó delinear el identikit del comboniano, casi una corrección, o al menos un complemento del n° 13 de nuestra RV que no parece evidenciar suficientemente - a mi parecer - la urgencia del salir hacia los que todavía no conocen a Cristo, la urgencia tan comboniana de la misión “ad

gentes”. “Los misioneros combonianos - se dice - se distinguen de los otros por su sentido de total pertenencia a las misiones y por el entusiasmo misionero, reproduciendo en esto una de las características esenciales de Mons. Comboni. El misionero comboniano está llamado a la misión ‘ad gentes’. Entra en profundo contacto con el pueblo y se identifica con él, especialmente con aquellos que presentan mayores dificultades para ser evangelizados”.

Me parece que este texto corresponde plenamente a lo que afirmaba Comboni, quien escribía, por ejemplo en sus Reglas de 1871, en el c. X: *“los futuros misioneros tengan en su mente y en su corazón las almas necesitadas (= no-cristianos) del mundo entero, y especialmente los de África Central”*.

Comboni se preocupa de todas las “gentes”, es decir de todos aquellos que todavía no conocen a Cristo, y si escoge como “comienzo” de su trabajo a las “gentes” de África, lo hace porque entre todos los pueblos no-cristianos (paganos, diríamos con su lenguaje) cree justamente que los Africanos son el aquel momento histórico los más difícilmente evangelizables, son lo que hoy llamaríamos “zona de frontera”.

Ha habido “variantes” al respecto en la historia de nuestra Congregación, como por ejemplo cuando los combonianos alemanes fueron a Pozuzo para la asistencia de los emigrantes de Alemania y Austria, o como cuando se aceptaron en Europa parroquias que realmente no correspondían a nuestra finalidad..., pero en la globalidad debemos constatar una substancial fidelidad del Instituto a la finalidad específica por la cual el Señor lo ha suscitado por medio de nuestro Fundador. Conviene sin embargo tener en cuenta que hay presiones no indiferentes y “serias” para que el salir hacia “situaciones de Nigrizia” pierda su fuerza y su exigencia y la Congregación asuma compromisos

que no corresponden propiamente a nuestro carisma. Bien sabemos que éste es un riesgo de toda congregación y no podemos hacer caso omiso de él; también nosotros tenemos la tendencia del todo común de rebajar las exigencias de tan alta vocación y de colaborar para que la misión “ad gentes” siga siendo “raqútica, olvidada y descuidada” (RMi 34).

4. CONSECUENCIAS FORMATIVAS

Los combonianos venimos a AL casi siempre por un trabajo que se juzgó substancialmente, en el momento de la decisión, trabajo “ad gentes”. Posteriormente se ha ampliado el compromiso a la animación misionera de la Iglesia local y a la formación de misioneros americanos “ad gentes”. En fuerza de la fidelidad al carisma comboniano se nos impone un constante trabajo de discernimiento, no siempre fácil ni gratificante, para ver si debemos seguir con el mismo tipo de trabajo de evangelización o si debemos buscar presencias más significativas en orden a nuestro carisma, y todo esto desde el apostolado que se ejerce en las casas de formación, teniendo siempre en cuenta, las exigencias de las etapas formativas y del lugar en donde nos encontramos.

Los documentos de Puebla (368) afirman que *ha llegado la hora* para que AL, aunque dando de su pobreza, envíe misioneros “ad gentes”. Obviamente nos alegramos de esta afirmación, pero a la vez no nos deja del todo satisfechos: no se debía esperar casi 500 años desde cuando el cristianismo llegó a América para afirmar que ha llegado la hora del envío de misioneros “ad gentes”. La Iglesia es misionera y debe salir, con todo lo que implica esta afirmación, desde su constituirse, desde el momento en que se hace presente en un determinado “espacio humano”.

Además esa afirmación “desde su pobreza” es relativa: AL. tiene la riqueza de su fe, de un cristianismo que ha logrado tocar las raíces mismas de la propia cultura... El haberlo olvidado, ha colaborado sin lugar a duda a mantener en AL. una mentalidad de dependencia y de necesidad de recibir de afuera... atrasando la toma de conciencia de su realidad y de su deber misionero. Es para ser más y verdaderamente Iglesia, que la de AL. debe hacerse más y más misionera, ya “ad intra” como “ad extra”, según las necesidades de sus distintos “espacios humanos”.

A este respecto los documentos de Sto. Domingo manifiestan una mayor seguridad e invitan con urgencia a no “descargar” en otros la propia responsabilidad misionera.

Entresacamos de esos documentos unas afirmaciones y unas indicaciones concretas que podemos y debemos aplicar sin más en nuestro camino formativo: “Nos encerramos en nuestros propios problemas locales, olvidando nuestro compromiso apostólico con el mundo no cristiano” (126). “Constatamos la carencia de un explícito programa de formación misionera en la mayoría de los seminarios y casas de formación” (127).

Yo mismo he constatado con cierta tristeza que cursos y conferencias de reflexión teológica sobre la Misión no han encontrado espacio suficiente en las propuestas formativas desde las primeras fases de la formación (¡atendiendo obviamente a las exigencias pedagógicas de cada etapa formativa!). No creo que de hecho ya se esté realizando cuanto pide nuestra Ratio con respecto al Postulantado, Noviciado y Escolasticado.

“Que se integre en los programas de formación sacerdotal y religiosa cursos específicos de misionología y se instruya a los candidatos sobre la importancia de la inculturación del Evangelio” (128).

Y como conclusión, volvemos a afirmar: debemos reconocer el riesgo de diluir nuestra identidad (pensemos por ej. con que medida está presente este peligro en algunas de nuestras revistas) por la urgencia y el apremio de ciertos “areópagos” (cf. RMi 37c) que atraen nuestra actividad, pero para los cuales la Iglesia debería disponer de otras fuerzas sin que quitemos las ya pocas disponibles para un envío “ad gentes”.

CARISMA Y ESPIRITUALIDAD COMBONIANA

P. Vittorino Girardi

1. ACLARANDO NOCIONES

1.1 Carisma

Tenemos en cuenta la noción de carisma: **múltiple** consecuencia de la **única** gracia ofrecida por el **único** Espíritu que se **diversifica** en cada persona (1 Cor. 12,8-10; 1 Cor. 12,28-30; Rom. 12,6-8; Ef. 4,11) para producir en ella una **determinada capacidad** apta para **servir** la entera comunidad eclesial (1 Cor. 14,12).

- Leamos al menos un texto: “hay repartimiento de dones, pero es el mismo Espíritu; hay repartimiento de ministerios, pero es el mismo Señor. Y hay reparticiones de operaciones, pero es el mismo Dios el que obra todas las cosas en todos. A cada uno le es dada manifestación del Espíritu para provecho común” (1 Cor. 12,4-7).

- El carisma, cualquiera de ellos, es para S. Pablo una manifestación del mismo Espíritu. Creer en los carismas es creer en la intervención de Dios en cada persona. Y así tenemos el don (carisma) de sanar, de realizar milagros, profecía, discernimiento de los espíritus, hablar en lenguas, interpretación de lenguas... todo don del Espíritu quien reparte particularmente a cada uno como quiere (cf. 1 Cor. 12,8-10). Más adelante en la misma I carta a los Corintios, S. Pablo retoma la lista de los carismas y escribe: “Y a unos puso Dios en la Iglesia, *primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero doctores...*” (1 Cor. 12,28-30). Obviamente el primer don es el del **apostolado** ya que sin él no nacerían las iglesias y las comunidades locales en que florecen los otros carismas. Además es el ca-

risma propio, específico e integrador, de Jesucristo: “el Espíritu está sobre mi y me ha **ungido** para dar la buena nueva a los pobres... me ha **enviado** para sanar a los quebrantados de corazón” (Lc 4,18). Equivale a decir, el Espíritu me ha constituido Apóstol (interesante al respecto que Comboni prescribiera que su comunidad del Cairo renovara cada mañana y tarde el “Acto de consagración ad **Jesum Apostolum** de las propias fatigas y de la propia vida” (*Mirando la Piedra*, p. 28). También en la carta a los Efésios se pone como primer don (carisma) el ser Apóstol (Ef. 4,11).

1.2 Espiritualidad

He aquí los significados más comunes de este término:

- propiedad de lo espiritual (¡espiritualidad del alma!);
- sinónimo de piedad: “es muy espiritual”, decimos de uno que cuida mucho sus relaciones (*pietas*) con Dios;
- ciencia que estudia todo lo referente al crecimiento de la vida divina recibida en el bautismo, y hablamos así de teología espiritual o espiritualidad, y tenemos en las universidades y seminarios los programas de Espiritualidad;
- escuela de espiritualidad (franciscana, dominicana, jesuita, carmelitana, comboniana), y entonces admite sinónimos como: camino, método, modo, corriente, estilo, género de vida... enseñanza.

Ahora bien, ¿cómo podemos definirla? o al menos describirla? No exagero diciendo que cada Autor da su propia definición. Podemos de todas formas decir que por Espiritualidad se entiende un particular modo de vivir y pensar la única experiencia cristiana, que se caracteriza por:

- la acentuación que da a determinadas verdades de la fe (aspecto **teológico**);
- que privilegia algunas virtudes según el ejemplo de Cristo (aspecto **ético-moral**);
- persigue un fin secundario específico - además del fin primario que corresponde, para todo cristiano, a la perfección de la Caridad (aspecto **histórico**);
- se sirve de determinados medios propios y de prácticas particulares de piedad (aspecto **práxico**);
- y que muestra a veces notas distintivas características (aspecto específicamente **cultural** - en nuestro caso, la “cultura congregacional”).

Una vez aclaradas las nociones de carisma y de espiritualidad, vemos inmediatamente que no cabe confundirlos, a pesar de que con frecuencia sean tomados como sinónimo o se puedan hasta intercambiar.

Se trata de todas formas de nociones que están en íntima y variada relación. Indico aquí tres inmediatas y naturales conexiones:

1. Siendo el **carisma** don particular del Espíritu de Dios, con las implicaciones que indicamos, es de su naturaleza **orientar** una consecuente **espiritualidad** y hasta podemos tomar la noción de carisma como criterio de clasificación de las distintas espiritualidades, y tenemos así: espiritualidad laical, espiritualidad sacerdotal, religiosa, política (¿quién no recuerda a S. Tomás Moro, a Schumann, a De Gasperis, a García Moreno...?), hospitalaria... Ella se da cuando se desarrolla en armonía con las exigencias del carisma con que el Espíritu del Señor ha “gratificado” (¡es gracia!) a cada uno de nosotros. En este sentido podemos y debemos afirmar que **Comboni** ha logrado vivir con tal grado las exigencias de su carisma (es decir de su vocación misionera entre los más pobres y necesitados), que es **uno de los más destacados maestros de espiritua-**

lidad misionera. Ya lo había reconocido el card. Massaia dejando escrito de Mons. Comboni: “de este venerando sacerdote, lleno de celo apostólico, de fervor, de virtud, no puedo hablar sino en bien. Enriquecido por el Señor con dones naturales y con dotes extraordinarias, *había nacido para llegar a ser un modelo de misionero* (...) Más tarde empezó dando prueba de su celo apostólico y llevando adelante aquellas arduas y atrevidas empresas, que él solamente comprendía y hubiese podido realizar si hubiese vivido más años. Pero vencido por el mortífero clima de Jartúm, murió víctima de él, dejando en aquella misión un vacío, que su sucesor muy difícilmente podrá llenar” (Grancelli, p. 73). Son afirmaciones que nos hacen recordar la muy conocida del obispo jesuita de Bombay, Meurin, quién declaró a los miembros de la Sociedad de Colonia que la posteridad hubiese reconocido un día a Comboni como “el Francisco Javier de África”.

2. Cada Espiritualidad, por otra parte, entendida siempre como modo concreto, personal e histórico de vivencia cristiana, cuanto más profundamente desarrollada, más **alimenta y fortalece los distintos carismas**. Con otras palabras: la fidelidad y la coherencia con las exigencias de la propia “vocación” cooperan que podamos sacar del mismo carisma todas sus riquezas y sus frutos en beneficio de sus destinatarios. Si Comboni no hubiese dado y renovado su generosa respuesta al carisma, éste se hubiese como “anquilosado” o “atrofiado”, perdiendo así la extraordinaria fuerza y fecundidad con que Dios lo había dotado. Concretamente: no somos sólo fruto del carisma que Dios otorgó a Comboni sino, y en grado superior, de su espiritualidad que constituye su respuesta al don de Dios.

3. La espiritualidad además **dispone a nuevos carismas**, casi que los hiciera surgir. Obviamente que es siempre el Espíritu Santo la fuente primaria de todo caris-

ma, mostrando la extraordinaria variedad de aquella única “santidad” con que constantemente santifica a la Iglesia de Cristo, pero la respuesta humana que se manifiesta en la espiritualidad, es decir en una existencia guiada por el Espíritu (cf. Rom. 8), dispone a la misma Iglesia para el florecimiento de nuevos carismas. Estoy pensando, por ejemplo, por una parte en *el carisma de la vida contemplativa* que ha ido brotando, con la colaboración de misioneros combonianos, sobre ese ya fuerte tronco de la santidad o espiritualidad heroica del Beato Daniel Comboni, y por la otra, en el *carisma misionero vivido en la secularidad* por las Misioneras Seculares Combonianas... Es del todo claro que nuestro Comboni no pensaba ni en el carisma de la vida contemplativa, ni en el de la secularidad, y sin embargo su respuesta a la propia vocación (=carisma) ha hecho posible que la Iglesia misionera se enriqueciera también de estos (... ¡y de otros!) carismas.

2. ESPIRITUALIDAD Y ESPIRITUALIDADES

Propiamente hablando, hay una única espiritualidad, como único es Cristo que nos llama y único es el Espíritu que nos guía, y única la meta a que nos lleva, es decir, a la perfección del amor, a vivir según “la intención del espíritu, con vida y paz” (cf. Rom. 8,7). Es por eso que teólogos de la talla de Bouyer, Von Balthasar, Jiménez Duque, Bar-sotti... no ven conveniente que se dedique mucha atención a las distintas espiritualidades. Si esta actitud tiene el todo de la radicalización, nos ayuda sin embargo a no perder de vista lo esencial, a no olvidar que **todo camino o corriente** de espiritualidad debe llevarnos a la **convergencia** en el único Camino que es la “seuela Christi”. Brevemente: la espiritualidad comboniana, como cualquier otra espiritualidad no representa nada más que el modo concreto y per-

sonalísimo con que Comboni ha vivido su fundamental vocación cristiana.

Ahora bien, no creemos inútil recordar las **dimensiones esenciales** de lo que es “ser cristianos”, de lo que implica el decidirse por Cristo.

1. Ante todo se nos pide una **visión radicalmente nueva** de todas las cosas, un auténtico y nunca del todo logrado cambio de mentalidad (metanoia) por lo cual la pobreza puede ser fuente de dicha, el perdón es la mejor venganza (cf. Mt 5,1ss), hay más felicidad en dar que en recibir (Hechos 20,35), hay que amar al enemigo, hay que dar sin esperar nada en cambio (cf. Lc 6,27), etc., etc. No hay que extrañarse que los contemporáneos y hasta los parientes de Jesús creyeran que Él se había vuelto loco (Mc 3,21).

Conviene además recordar que aceptar estas verdades, no es tanto fruto de conocimiento, cuanto de disponibilidad a dejarse enseñar, a volverse como niños, y - más aún - a experimentar la verdad vital de esas afirmaciones de Cristo: se va comprendiéndolas y aceptándolas cuanto más se vivan.

2. Este cambio de mentalidad es posible sólo a partir del **encuentro personal con Cristo**. Sólo el “quedarse con Él”, el seguirle de verdad, nos da “ojos nuevos” para ver la realidad toda, como Él la ve. Baste un ejemplo evangélico: Judas no pudo ver la conveniencia y la belleza del gesto de María cuando esta rompió el frasco de alabastro, “exagerando” en su expresión de amor y cariño hacia Cristo (cf. Jn 12); no puedo ver ni comprender porque no se había real y profundamente encontrado con Jesús, no lo amaba..., amaba el dinero y “veía” sólo lo que estaba en relación con él, con la posibilidad de ganar o robar más (Jn 12,6). Para María, que se sentía amada por Jesús y a quien ella amaba, le parece “tan lógico echar a perder” a los pies

del Maestro y Amigo ese nardo de mucho valor (¡300 denarios, nos dice Judas!). Cuanto más profundo e íntimo es el encuentro con Cristo, más semejante a la suya es nuestra visión de todo, nuestro valorar la vida y... todas las cosas.

3. A su vez el aceptar a Cristo produce en nosotros un **sorprendente parentesco** con El, y el discípulo pasa a ser su hermano y hermana, su madre (cf. Lc 8,19-21). es decir se une profundamente a El, con un vínculo que es más fuerte que el de la sangre, participando en la misma vida divina. “A cuantos le recibieron - nos dice S. Juan - les dio el poder de tornarse hijos de Dios” (Jn 1,13). El discípulo de Cristo se convierte en hijo en el Hijo, “partícipe de la naturaleza divina” (1Pe 1,4), constituyéndose tal intimidad con Dios en razón fundamental de la dignidad humana (GS 19), y es por eso que como Jesús, también nosotros podemos acercarnos a Dios, llamándole como hacía Jesús, “Abba” (Rom. 8,16).

El desarrollo de la espiritualidad cristiana corresponde al crecimiento de la filiación divina que funda y se expresa en la fraternidad humana, amando como El nos amó (cf. 1 Jn 4,10). Cualquier otra “espiritualidad” no es más que una posible historización de este “modo de ser y vivir”.

3. ACERCAMIENTO A LA ESPIRITUALIDAD DEL BEATO DANIEL COMBONI

Quisiéramos ahora indicar unas características de la espiritualidad comboniana, teniendo presentes los 5 puntos desde los cuales hemos descrito lo que se entiende por una **espiritualidad particular** dentro de la única **espiritualidad cristiana**.

3.1 Aspecto teológico

No cabe duda que a la base de todo compromiso comboniano por lo cual ya es común hablar de su **pasión por la misión**, está el dogma de la **voluntad salvífica universal de Dios**, como lo ha expresado S. Pablo en su primera carta a Timoteo: “Dios quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2,4-5), dogma que Comboni contempla no teóricamente sino hecho cruz redentora y corazón traspasado del Buen Pastor. Basten dos expresiones:

“Arrebatado por el ímpetu de aquella caridad encendida con divina llama en la ladera del Gólgota, y salida del costado del Crucificado para abrazar toda la familia humana, sintió que se hacían más rápidos los latidos de su corazón; y una virtud divina pareció que le empujase hacia aquellas lejanas tierras para estrechar entre sus brazos y dar el beso de paz y de amor a aquellos infelices hermanos suyos” (CEA 216 y RF 47).

“Confiándome en ese Corazón sacratísimo que palpita de amor también por la Nigrizia (...) me siento cada vez más dispuesto a sufrir y a morir por Cristo y por la salvación de los infelices pueblos de África Central” (MDC 66).

No es la única verdad teológica que Comboni privilegia con su espiritualidad, pero sí la primaria y fundamental.

Inmediatamente después, encontramos subrayado el misterio de la **encarnación**. Comboni se siente “arrebata-do” por lo que S. Teresa de Ávila llamaba la “Sacratísima Humanidad” de Jesús, desde cuando lo experimentó vivencialmente en la primera comunión diciéndose a sí mismo: “un Dios a mí, un Dios a mí!”, y luego contemplándolo en el Corazón traspasado, comunicándose con El en la celebración de la Eucaristía (“cuando celebraba la misa parecía un santo”: *Mirando la piedra*, 40), sirviéndole en los más pobre y abandonados sabiendo que “habién-

dose encarnado” Jesús se unió misteriosamente a cada hombre (GS 22), “amándolo tiernamente”, deseando el martirio por su amor...

3.2 Aspecto ético o moral

La Autoridad de la Iglesia ha reconocido el grado heroico de las virtudes de Comboni, pero unas han sido particularmente privilegiadas por nuestro Fundador. Como consecuencia lógica de las verdades teológicas que han iluminado toda su vida, destacamos entre todas sus virtudes, la **caridad apostólica**. Es la virtud que hace de puente entre su carisma, la vocación misionera vista desde su término “a quo” (don) y la espiritualidad que de ella brota. Ella ocupa, no cabe duda, el lugar central de su espiritualidad; ella corresponde **al puro amor de Dios** que fundándose en la fe en Aquel que nos amó y se entregó por todos los hombres, le hace capaz de todo tipo de sacrificio. Es el elemento unificador de toda su persona, de toda su historia, de toda su vida y de su muerte..., es lo que le hace feliz no “a pesar” de la cruz, sino precisamente “con la cruz” porque siendo medida del amor de Dios hacia él, quiere que sea también la medida del suyo para con Dios manifestado en la “humildad de la carne” de la Nigrizia. Comboni quiere así comunicar a los “pobres negros” ese amor que Cristo le comunica, un amor salvífico, “hasta el extremo”, martirial pues. El amor que Comboni experimenta por Cristo y que le **caldea** el corazón, le hace apóstol y le urge una heroica caridad apostólica hacia los más necesitados.

Es sólo una indicación; ¡cuanto podríamos descubrir en Comboni sobre este punto focal de su existencia! Particularmente hacia el final de su vida, esta misma caridad se hizo capacidad de perdón, de comprensión misericordiosa hacia cuantos, hasta “amigos”, le hicieron sufrir.

Otra virtud que brilla con luz del todo singular en el itinerario espiritual comboniano es la **confianza**, que se alimenta de la fe y del amor. De la fe en aquel Dios que nunca abandona a los suyos y que por lo demás sabemos que interviene en todas las cosas, realmente todas, hasta las más extrañas, hasta en las mezquindades y “chismes” de los hombres, para el bien de quienes le aman (cf. Rom, 8,28).

Comboni, estando cierto de su “extraordinaria vocación”, confiaba plenamente en Dios y vivía cierto de que nunca le hubiese faltado la gracia, las ayudas necesarias para ir realizando todo lo que aquella vocación-carisma le hubiese exigido. Los textos al respecto son abundantísimos. Citemos algunos:

“Toda mi esperanza está colocada en el Corazón de Jesús y en la intercesión de María. (...) Todos estamos profundamente convencidos de que la gracia del Sacratísimo Corazón de Jesús nos hará triunfar de todos los obstáculos” (28.8.1873). *“Tengo la firma confianza de que el Divino Corazón de Jesús con su infinita bondad y misericordia reparará todos los daños, siendo Él quien con su gracia guió siempre, guía y guiará la Obra santa”* (12.5.1875). *“Todos ruegan por nosotros y yo confío en el Corazón dulcísimo de Jesús y María que esta vez haremos una buena guerra al demonio y plantaremos la Cruz en muchos lugares”* (26.1.1878).

Es por la confianza que Comboni se hace profeta y puede predecir que su obra no morirá: ya se había situado, como anclado y enraizado en el mundo de Dios y había hecho viva experiencia de que “nada es imposible para Dios” y “nada es imposible para el que cree”. Para el que cree y confía, los fracasos son en definitiva aparentes y pasajeros: lo definitivo y duradero son el amor y sus frutos.

La caridad apostólica se sostenía con la confianza e impulsaba al **espíritu de sacrificio**, actitud esencial del misionero. Lo había aprendido de su maestro y padre Don Nicolás Mazza, pero sobre todo por su propia experiencia.

No cabe duda, el espíritu de sacrificio, el “no-enrojecer del escándalo de la cruz” (AG 24) es virtud de todo misionero, pero Comboni lo asume con acentos y actitudes que, como ya vimos, hacen de él un grande “místico”. Aquí recordamos sólo el texto de las Reglas del 1871: “Procurarán ir consumando cada vez más **el propio holocausto**, renunciando a todo afecto terreno, acostumbrándose a prescindir de toda comodidad, de sus pequeños intereses, de su opinión y de todo lo que les toque”, y continúa haciendo suya la conocida expresión del teólogo y místico del sacrificio y del desasimiento, S. Juan de la Cruz: “aún un tenue hilo que permanezca puede impedir a un alma generosa elevarse hasta Dios”.

Todos sabemos cómo Comboni fue desprendiéndose de todo lo más sagrado, hasta de lo que había sido razón de su entrega, África, a imitación de Abrahán invitado a sacrificar al “hijo de la promesa”. Creo que ha sido la disponibilidad de Comboni a este proceso crucificante y de auténtica victimación en favor de la Nigrizia, que ha hecho de él, no sólo un grande misionero, sino un verdadero santo, un “modelo de misionero”, como nos diría el Card. Massaia.

A su vez el espíritu de sacrificio implicó para Comboni una **obediencia heroica**, y entiendo aquí por obediencia, no sólo la disposición en aceptar y realizar lo que los superiores dispongan, sino también el “hacerse” a cualquier circunstancia, a cualquier exigencia, con tal de seguir fiel a su vocación, al proyecto que Dios desde siempre había trazado para nuestro Fundador. Siempre en las Reglas de 1871, había escrito: “*morir absolutamente a*

la propia voluntad y sacrificarse enteramente a si mismos hasta la muerte por medio de una perfecta obediencia a los legítimos superiores, es la primera cosa en que se debe formar a los postulantes” (c. 7). Esta expresión nos hace pensar espontáneamente en el texto de Fil. 2,8 para contemplar a Cristo “obediente hasta la muerte y muerte de cruz”. Una vez más nos encontramos con el crucificado que “inventa” la cruz como medida de obediencia amorosa al Padre en favor de los hombres. Comboni comprende (¡y vive!) que ese es también su destino y el destino de todo verdadero apóstol. Eco todo esto de lo que mucho más tarde afirma el decreto “ad gentes”: la virtud característica del misionero es la obediencia, consciente de que Cristo redimió el mundo por medio de la obediencia (nº 24).

3.3 Aspecto histórico

Comboni apasionado de la misión, consagrado “ad Jesum Apostolum”, ve que debe realizar su vocación en África, en favor de la Nigrizia. Nos hallamos con la dimensión histórica de su espiritualidad. La urgencia de las almas lo envía a África porque allí viven los más abandonados, los últimos. Ya lo recordamos, lo expresó con vehemencia y santa “parresía” durante el Concilio Vaticano 1º, suplicando “per viscera Jesu Christi”, por el Corazón traspasado del Buen Pastor, a todos los obispos para que tomaran sobre sí la responsabilidad de la salvación de África. Los demás pueden ver en África un continente para descubrir, una fuente de riqueza por el abundante marfil negro (los esclavos), él ve una “inmensa muchedumbre de hermanos”, contempla al Cristo Negro que le espera..., siente que ha llegado la hora establecida por la Providencia. “Aquella noche Pablo tuvo una visión, y un Macedonio le decía, pasa y ven a salvarnos” (Hch. 16,9); Comboni sueña, pero a ojos abiertos, y no puede resistir a la voz de

su esposa, único amor de su vida, y no le queda más que serle fiel en conformidad a su “grito de guerra” - como él mismo lo llama: ¡o África o muerte!

A sus hijos, nuestro Fundador nos ha dejado un “fin específico” que su tiempo le manifestó, y que los signos de los tiempos nos irán manifestando a nosotros: ser fieles a las situaciones de Nigrizia.

3.4 Aspecto prático

Las grandes líneas de la espiritualidad de Comboni orientaron una serie de prácticas de piedad y de devociones, que tienen el sabor de la espiritualidad italiana y más concretamente véneta del siglo pasado, pero que han quedado como vivificadas y unificadas entorno al carisma comboniano: la misión africana. Desde ella, todas las prácticas y devociones cobran un tinte particular, **comboniano**, precisamente.

Demos algunos ejemplos. Comboni pide que en sus comunidades se practique la hora de adoración del SS. Sacramento en honor del Sagrado Corazón los miércoles por la mañana; las letanías al S. Corazón los viernes por la mañana; el retiro espiritual el primer viernes de mes y la repetición del acto de consagración ese día durante la hora de adoración en honor del Sagrado Corazón; el tríduo preparatorio a su fiesta en junio..., mucho, en verdad, y todo corresponde a devociones “de su tiempo”, pero a todas les da un fuerte sentido apostólico. La misma “contemplación” del **Corazón de Jesús** que está a la base de tantas devociones y que motiva y sostiene su vocación misionera, es vivida por Comboni como contemplación del Amor redentor de Cristo, no tanto - como en la mayoría de otros conocidos “devotos” del S. Corazón - como “amor rechazado” por los hombres y que espera reparación y consuelo. No fue el único de su tiempo en ver el misterio del Corazón traspasado en rela-

ción al apostolado, pero sí que no conozco a otro Autor que haya puesto todo su compromiso apostólico y misionero como consecuencia del “haber entendido que quiere decir un Dios muerto en la cruz por la salvación de las almas”, y del tener constantemente presente que el “Sagrado Corazón de Jesús palpita también por los pueblos de África Central”. Es por eso que Comboni en la oración por la conversión de los pueblos de África, en 1873, reza: “*Señor Jesús, único Salvador del género humano (...) abre propicio tu Corazón también a las infelices almas de África Central*”. Y en otro texto: “*El Corazón sagrado del eterno divino Pastor se dirige con amor redoblado a los millones de ovejas que viven aún en las tinieblas de la muerte*” (relación a la Soc. de Colonia, 1866). Para nuestro Fundador cabe sólo una mirada sinóptica, de conjunto: contemplar el Corazón traspasado es ver su amor misericordioso hacia todos los hombres y “redoblado” hacia los más necesitados, y de allí la urgencia de la evangelización en África. Brevemente: la devoción de Comboni al Corazón traspasado de Cristo, Buen Pastor, se había identificado rápidamente en su espiritualidad con su vocación misionera, como algo espontáneo. La contemplación del Corazón de Jesús lo lleva, más aún, lo urge a la misión, a tal punto que ya no necesita otro argumento; y la misión lo lleva y le exige intimidad con Jesús, Buen Pastor, a quien “ama tiernamente”.

Aconteció algo semejante con la **devoción a María**, a quien invoca como Inmaculada (no olvidemos que este dogma fue proclamado el 1 de diciembre de 1854), como nuestra Señora del S. Corazón y a quien consagra el Vicariato del África Central, como Madre Dolorosa... Contempla el Corazón de la Madre del Señor al lado del Corazón de Jesús, como ha hecho constar en su escudo episcopal, y escribe: “El Corazón de Jesús fue herido por la lanza en la Cruz cuando acababa de morir, y este terrible lanzazo

traspasó también el Corazón de nuestra Madre María; este lanzazo repercutirá incluso en el corazón de África” (15.X.1868). Comboni quiere que ese lanzazo repercuta también en África porque quiere que cuanto antes - lo hemos escuchado muchas veces - brille sobre la corona de María, la Inmaculada, Reina de África, la “perla negra” (la *nigricus margarita*), es decir los pueblos africanos hechos ya Iglesia.

Conocemos la devoción tan llena de confianza, de familiaridad y de cariño que Comboni le tenía a **S. José**, pero siempre y todo con vistas a la misión: El es el Ecónomo de la misión.

En este contexto recordamos su devoción a los Apóstoles, a S. Judas Tadeo a quien confió la misión del Kordofan, a los Reyes Magos, a S. Francisco Javier, a S. Margarita María Alacoque... y hasta a S. Expedito para que hiciera llegar pronto las caras en que Comboni hablaba, pedía, informaba, animaba y siempre teniendo como tema las misiones de la “infeliz Nigrizia”.

A su vez todas estas devociones son expresión de su **oración apostólica** sobre que tanto insiste en sus cartas y que considera imprescindible, ya como conjunto de prácticas (¡por cierto numerosas!) ya como actitud. Nos basta recordar su conocida declaración que ha causado su confesor, el P. Rolleri: *“Pecado es no hacer nunca la meditación. Pero yo la he dejado raras veces en la vida pasada, y desde hace mucho tiempo, nunca, nunca la he dejado, ni siquiera en el desierto, ni siquiera una vez. Y sin embargo, él decía (P. Rolleri) que no. Así mismo afirma que el oficio no lo he rezado casi nunca. Y sin embargo, no lo he dejado de rezar nunca, excepto cuando estuve gravemente enfermo o estuve cuarenta días sin dormir una hora siquiera”*.

“El futuro de la misión se halla en la contemplación”, nos ha dicho Juan Pablo II en la Redemptoris Missio (nº 91): en la oración el misionero se hace creíble y mantiene el sentido de la misión. Comboni, con el lenguaje de su tiempo, nos dice lo mismo y llega a nosotros con la fuerza de su testimonio.

3.5 Aspecto cultural

La herencia comboniana a pesar de las “variantes históricas” (transformación del Instituto en Congregación, división en dos Congregaciones, apertura a América Latina, renovación después del Concilio Vaticano IIº...) ha ido fomentando, no cabe duda, una cierta **cultura congregacional** que no solo resiste sino que integra las aportaciones enriquecedoras y a la vez desestabilizantes de una internacionalidad cada vez más amplia. Cultura congregacional que tiene sus variadas manifestaciones, como son la cercanía a los pueblos con que trabajamos, un estilo intenso de trabajo, la sencillez en el trato, cierta austeridad de vida, la preferencia por sectores de “verdadera frontera” en la Iglesia y en “espacios humanos” todavía no evangelizados, la preocupación sincera por la oración (no son pocos los combonianos que se han pasado a la vida contemplativa), osadía y hasta falta de cálculos humanos, cordialidad entre nosotros, rechazo casi instintivo al instalarse en lugares de retaguardia, poca simpatía hacia cualquier manifestación de formalismo... ¿Son estas y otras cosas que están colaborando a que nuestra congregación sea, hoy por hoy, la única que de entre los Institutos masculinos de más de 1.000 miembros, siga creciendo?

La historia es de Dios; a nosotros nos toca recibir con gratitud este maravilloso carisma y fecunda espiritualidad que como herencia el Fundador nos ha dejado para que todos nos comprometamos, según su estilo, en la refundación de nuestra familia de misioneros combonianos.

